

## LOS ÚLTIMOS VIAJEROS

Eduardo Creus Visiers

(Università degli Studi di Torino)

Attilio Brilli, *Gli ultimi viaggiatori nell'Italia del Novecento*, Il Mulino, Bologna, 2018, 320 pp. ISBN: 88-15-27068-X.

De los epígonos novecentistas del viaje de formación a la era del turismo de masa, la panorámica que Attilio Brilli ofrece en *Gli ultimi viaggiatori nell'Italia del Novecento* constituye una nueva incursión en el género literario al que el autor ha dedicado ya diversas obras (baste recordar aquí *Il viaggio in Italia. Storia di una grande tradizione culturale*, publicado en 2006, o *Il grande racconto del viaggio in Italia*, de 2014). Brilli parte en su nuevo libro de una constatación esencial: la literatura de viaje, que ha persistido en diversos modos durante el siglo XX, lo ha hecho sobre todo como «prosecución irónica y sentimental» de su tradición y como búsqueda de espacios resguardados de los procesos globalizadores. Pero el libro de viajes no se ha resignado al hedonismo o la nostalgia; ha debido asumir la función testimonial que en fin de cuentas le correspondía, y al hacerlo ha desmentido una presunta condición de género menor para adscribirse a esa parte esencial de la literatura contemporánea que afronta el conflicto del desarraigo y el exilio. En el viaje a Italia se ha visto el lenitivo a esas dolencias y la vía de acceso a lo que pudiera definirse un «lugar de refugio». Aun en los años del auge totalitario, el testimonio escrito del viaje a Italia acertó a mantener vivo el mito de una tierra de acogida, además de subsistir como búsqueda de aquellas esencias de la antigua cultura que constituyeran un antídoto al autoritarismo y el nacionalismo febril. Pasada esa oscura página, la segunda posguerra traería consigo nuevas esperanzas de regeneración, acuciadas por la voluntad de ir recuperando el pulso de la modernidad, que quedan también registradas en las relaciones de viajes. La internacionalización y la estandarización, experimentadas mediado el siglo en la Europa más desarrollada, van alcanzando a un país cuyos seculares contrastes acabarán amenazados por esos imparables procesos. De la Italia de las últimas décadas del siglo, la que afronta la sustitución de su rentable imagen por

más triviales estereotipos, el libro de viaje consigna una percepción real —fragmentaria quizá, pero distinguible del espejismo publicitario— apenas se aleja de los efectos de un turismo de masas que no hace más que banalizar la cultura y devastar la belleza al convertirlas en objeto de consumo. En medio de esta vorágine, una visión de Italia en que algo queda de la que creara la tradición ilustrada y romántica, logra en el fin de siglo mantener cierto encanto; tal vez ya no en la descripción de los lugares más visitados, pero sí en la de otros que el gentío no recorre porque ni las guías los mencionan ni la homologación se ha instaurado aún en ellos. El libro de viaje verifica la pérdida de identidad de las destinaciones más emblemáticas para recobrar, en una Italia insólita, representaciones literarias al reparo de los estropicios de la nueva barbarie.

Tras un capítulo de consideraciones generales acerca de la literatura del viaje en la Italia moderna, en que el fenómeno se encuadra con eficacia aunque la divagación no falte, el recorrido que Brilli propone en los sucesivos se atiene a una cronología rigurosa. Se aborda en primer término el viaje italiano en los años iniciales del siglo a través de testimonios que revelan un abandono paulatino de precedentes actitudes estetizantes. Las elude Henry James en sus *Italian Hours* (1909), mientras que obras menos célebres como *The Enchanted Woods* (1905) o *The Sentimental Traveller* (1908), de la inglesa Vernon Lee, cifran la posibilidad de apreciar la esencia del lugar en la asunción intelectual y emotiva de la tradición literaria. Que difícilmente el viaje puede seguir siendo un descubrimiento lo pone de manifiesto la escritora americana Edith Wharton en sus *Italian Backgrounds* (1905) al constatar que ya no es posible realizarlo con la libertad con que lo hicieran los peregrinos del pasado, porque la misma cultura que nos ofrece las claves de acceso a los lugares privilegiados por la tradición determina nuestra percepción de esos lugares. Esta opresiva influencia no parece aquejar a viajeros más desenvueltos, como el coleccionista de arte Dan Fellow Platt, cuyo *Through Italy with Car and Camera* (1908) muestra cómo puede aún afrontarse el viaje con actitud indagatoria y crítica. Tampoco ese sustrato cultural constituye una restricción, a la que no se sobreponga el espíritu observador del viajero, para Karl Scheffler en su *Italien. Tagebuch einer Reise* (1913), obra en que se vaticinan nuevas mutaciones de la modernidad: la proliferación industrial y la americanización del país. Un «progreso» que el novelista Theodor Dreiser, en viaje por una Europa cuyos vestigios históricos poco le seducen, juzga por esas fechas más bien ausente en las ciudades italianas, y que desde luego dista de haberse alcanzado en las regiones meridionales donde el aristócrata Norman Douglas hallará escenario

idóneo para sus correrías eróticas, en un tiempo que nada tiene ya de frívolo porque es el del primer conflicto mundial.

La Gran Guerra transforma las relaciones entre los países beligerantes y altera también las costumbres: si Rilke deplora entonces que el viaje por razones estéticas esté condenado a desaparecer, un escritor como D. H. Lawrence compensa esa pérdida con obras en que el género parece buscar respuesta a inquietudes existenciales más sustanciosas. Además, los motivos ideológicos darán muy pronto nuevo brío al peregrinaje italiano: no serán pocos los viajeros que se dejen impresionar por los relumbres de la Italia mussoliniana, la cual despierta un interés que el testimonio del viaje se encarga de satisfacer de modos bien diversos. *The Italy of the Italians* (1927), de Eric Reginald Pearce Vincent, intuye en el fascismo una necesidad histórica surgida en la nación donde se han experimentado formas de intolerancia revolucionaria que, al desbordar toda exigencia de reforma social, han propiciado reacciones igualmente violentas y han generado un tipo de individuo bien característico, cuyo aspecto y ademanes resultan tan inquietantes como su funambulesco ideario antidemocrático. La imagen que dan del fascismo viajeros como Robert Byron, Paul Wilstach, biógrafo del presidente Jefferson, o el pintor simbolista Maurice Denis contrasta con la de Joseph Roth, corresponsal en Roma por el *Frankfurter Zeitung* durante el auge del fenómeno. Roth presenta en sus reportajes un inmisericorde retrato del fascista, del que resalta su fatuidad, y recrea el ambiente político y social italiano en un tiempo en que el adoctrinamiento, la manipulación propagandística, la sacralización del concepto de patria y la general atmósfera de violencia auguran el porvenir más funesto. Ni siquiera el excéntrico André Suarès, cuyo *Voyage du condottière* (1910 y 1932) da cuenta de una errancia al margen de la confusión del presente y en busca de la Italia eterna del arte y la belleza, puede sustraerse al saturado ambiente político de un país que el escritor se resignará a recorrer a medias, evitando no solo los enclaves meridionales sino también su capital, símbolo en esos años de la ampulosidad del fascismo. En las inspiradas páginas que Brillì dedica a Suarès, «último peregrino apasionado» por una Italia que se ofrece como enigma a su talante libre y anárquico, se elogia con justicia la visión que da el autor francés de los lugares que visita, el modo misterioso en que la belleza de ciudades como Florencia, Venecia o Siena acierta a trasladarse a la palabra.

El viaje italiano de la segunda posguerra europea arranca con el balance de la experiencia fascista, pero también con el propósito de recobrar un placer casi olvidado. La visión del país al

margen del momento histórico y como suspendido en una abstracta intemporalidad, propuesta en *The Land of Italy* (1949) por el aristócrata Jasper More, oficial del ejército británico destinado en Italia, puede contraponerse a la de viajeros como el australiano Alan Moorehead, corresponsal de guerra y testigo de devastaciones morales y materiales, o Derek Patmore, cuyo deambular por Toscana y Umbría le permite constatar los daños provocados por el conflicto bélico en el patrimonio artístico. A Roger Lannes debemos una actualización de la imagen de Italia como tierra de la memoria y como «exacto contrario del exilio»; al irlandés Sean O'Faolain un peregrinaje que elude, con ironía digna de Sterne, lo monumental de las grandes ciudades para fijar su atención en detalles que son símbolos preferibles de esas realidades urbanas. También evita Jean Giono las celebradas bellezas del país en su *Voyage en Italie* (1953), obra que poco tiene que ver con interés turístico alguno y es sobre todo el viaje sentimental por una Italia estimulante para la imaginación del escritor. Pero es la mirada interior de Guido Piovene, reacia al tópico y la fórmula esquemática, la que da por entonces una imagen más nítida de la heterogeneidad italiana. En cuanto a la aportación hispánica, esta queda representada por dos grandes escritores: Pío Baroja y Josep Pla. *Ciudades de Italia* (1949), libro de Baroja escrito un poco a regañadientes, suscita escaso aprecio en Brillí a causa de la extemporánea visión que ofrece de un país contemplado con esa indolencia que a ratos aqueja al novelista, tan diversa de los testimonios de compatriotas como Unamuno, Blasco Ibáñez, Castelar y Salinas, velozmente recordados, o el del infatigable viajero Josep Pla, de cuyas *Cartes d'Itàlia* (1955) se elogian los modos espontáneos y familiares con que el catalán relata sus andanzas en tierra itálica y su percepción de un mundo expresivo y vital.

Estos y otros representativos libros de viaje permiten componer la imagen de una Italia cambiante y nos llevan hasta las últimas décadas del siglo, las del dominio pleno del turismo masificado. Más que de aparición de nuevos problemas puede hablarse ahora de incremento de los que venían advirtiéndose desde el mismo inicio del siglo. Los medios de transporte han ido multiplicando la autonomía del viajero y dilatando el horizonte de la literatura que describe su experiencia, pero ese progreso ha contribuido a la «profanación» de paisajes rurales y urbanos. Las excursiones organizadas son el síntoma más visible de una mercantilización de esos espacios que va extinguiendo aquel turismo culto, elitario, productor de la escritura de viaje. A ello se suma una homogeneización o pérdida del gusto a la que puede achacarse la indiferencia con

que se asiste al deterioro del patrimonio artístico, y también el problema de la expansión urbana que devasta el territorio y el de la degradación del medio ambiente. Obras como *To Noto: Or London to Sicily in a Ford* (1989), del novelista Duncan Fallowell, o *Un viaggio in Italia* (1983), «descenso a los infiernos» de Guido Ceronetti, denuncian los síntomas del desastre en insólita inversión de aquel homenaje a la belleza que fuera principal objeto de la tradición escrita del viaje italiano. Un desastre que, como Brillì constata con amargura a propósito de la explotación de Venecia, el tiempo no ha hecho más que agravar. Pero en época tan ecléctica como el fin del siglo, es fácil hallar el contrapunto de esas relaciones algo apocalípticas en otros testimonios: en la mirada suavemente irónica y sensible a la belleza de Cesare Brandi, en el fino elogio del viaje de la novelista Lisa St. Aubin de Terán o en las pulsiones liberatorias que hacen de una obra como *Journeys to the Underworld* (1988), de la poetisa Fiona Pitt-Kethley, un manifiesto feminista precursor de las actuales estridencias de ese género. Brillì cierra su panorámica sobre el viaje en Italia con un último capítulo, casi apéndice del libro, dedicado a lo que define «viaje de segunda mano» —el realizado siguiendo las huellas de viajeros ilustres—, en que lo subalterno de la experiencia puede quedar compensado por la reflexión sobre el modo en que el tiempo transforma tanto el lugar como nuestra forma de percibirlo e interpretarlo.

No concluimos esta nota sin señalar méritos del libro de Brillì como su prosa refinada y amena, adecuada a la exposición divulgativa y a la divagación ensayística, o el acierto con que se resaltan en las obras analizadas no solo los aspectos anecdóticos que dan atractivo a todo relato viajero, sino también aquellos que mejor pueden reflejar la evolución de esta literatura a lo largo del siglo. A su modo, *Gli ultimi viaggiatori* es también una meditación sobre ese género, sobre su alcance y pervivencia, además de incitarnos al descubrimiento de una realidad italiana que la escritura es capaz de ofrecer con eficacia. Una invitación al descubrimiento y al goce de la belleza sin tiempo, porque *Gli ultimi viaggiatori* no deja de ser, pese al atento registro de tantos testimonios críticos, un libro optimista. Se habrá observado que, en sus momentos más laxos, todo nativo de la Península itálica tiende a manifestar la convicción de que es su país el más envidiado de este mundo. El aserto, parcialmente válido en lo referente a los encantos geográficos, lo es por entero en lo que toca al arte y justifica un candor patriótico extendido, en que ha incurrido también, muy a sabiendas, el último libro de Attilio Brillì.